

## ESCLAVOS DE LA LIBERTAD

Desde tiempos remotos, la esclavitud ha sido principal protagonista de la existencia humana. Fue primero la de los hombres contra otros hombres, transformándose más tarde en la ejercida por el capital sobre el individuo. No habíamos aún desterrado esta última, cuando apareció la esclavitud tecnológica. Si bien su concepción inicial fue, teóricamente, en nuestro beneficio, esta vorágine técnica ha sido tocada, como si de un macabro juego se tratase, por el mal.

Sea quizá Internet el máximo exponente de esa trampa que sigue a la creación de la ley. Concebido como una herramienta llamada a facilitar numerosos ámbitos de nuestra vida, da hoy en día la sensación de ser un angustioso problema que nos conduce, lenta pero inexorablemente, hacia un profundo abismo tecnológico, que se traduce en la más completa desidia colectiva.

Fuera de toda duda queda el decir que gracias a él estamos conectados, sí; pero somos partícipes de una comunicación que no esconde en su seno sino el mayor y más peligroso de los aislamientos: el aislamiento social, la pérdida del contacto humano. Si bien puede resultar una visión pesimista, considero conveniente ilustrarla con unos ejemplos de nuestra vida cotidiana para demostrar su veracidad. Seguro nos ha ocurrido a todos en algún momento el hecho de encontrarnos en una reunión familiar, o de amigos, en la cual parece el ser humano un mero personaje residual ante el protagonismo de los móviles. Otra excelente prueba de ello nos la dan todas esas pequeñas empresas locales que sucumben al aplastante dominio de las multinacionales y su agresiva (e ilegal, en la amplia mayoría de los casos) publicidad en línea. Así, observamos cómo nuestras búsquedas pasadas, consultas frecuentes e incluso, y siendo esto lo más preocupante, conversaciones habladas, aparecen reflejadas constantemente en esos llamados 'Anuncios recomendados' con el fin de atraernos hacia el consumismo. Pero lo aceptamos, siempre en pos de la comodidad propia, y demostrando con ello un carácter puramente individualista, contrapuesto completamente a lo que debiera ser el existir humano.

Nos escuchan, nos vigilan, nos controlan, y lo grave es que lo hacen con nuestra pasiva colaboración. Somos conscientes de ello, y lo aceptamos sin rechistar; lo que nos hace culpables por caer en ese juego cómodo y

sencillo, al cual resulta muy fácil sucumbir, y que conforma una sociedad cada vez más enferma, que palia sus dolores con la droga de lo tecnológico, de lo irreal. El hombre que conocemos hoy es esclavo de la libertad, prisionero de lo artificial, de lo ficticio, del mundo de las nuevas tecnologías, de internet, de su propia existencia como ser, y renegado de la realidad. Resulta esto especialmente peligroso, pues es un prisionero que se cree, a todas luces, libre.

Recuerdo, a colación de este escabroso tema, una imagen que se ha viralizado en las últimas fechas, cómo no, en las redes sociales. Mostraba ésta un águila que, manifestando un razonamiento sustancialmente más simple, pero más coherente, si cabe, que el humano, mantenía una feroz lucha contra un dron por considerarlo ella extraño, ajeno a lo común de su hábitat y su entorno. Exhibía así la lucha entre lo natural y lo artificioso, la contienda que mantienen aquellos que no se doblegan ante la impuesta preponderancia de lo foráneo, de lo postizo.

Envidia siento por esa majestuosa águila, libre, pura, natural. Debiéramos nosotros seguir su ejemplo y enfrentarnos a todo aquello que nos enferma, debilita y nos mantiene alejados de ese horizonte colectivo de colaboración que debe tener el hombre, pues únicamente de esta manera dejaremos de ser esclavos para ser verdaderamente libres.

Desde tiempos remotos de nuestra existencia, los hombres hemos sido responsables de las mayores glorias y las más profundas desgracias. De esta forma, todas nuestras creaciones, si bien su concepción inicial fue en muchos casos nuestro beneficio, han sido tocadas, como si de un macabro juego se tratase, por el mal.

Sea quizá Internet el máximo exponente de la trampa que sigue a la creación de la ley. Concebido como una herramienta llamada a facilitar numerosos ámbitos de nuestra vida, da hoy en día la sensación de ser un angustioso problema que nos conduce, lenta pero inexorablemente, hacia un profundo abismo tecnológico, que se traduce en la más completa desidia social.

Estamos conectados, sí; pero somos partícipes de una comunicación que no esconde en su seno sino el mayor y más peligroso de los aislamientos, el aislamiento social, la pérdida del contacto humano. Si bien puede

resultar una visión pesimista, considero conveniente ilustrarla con unos ejemplos de nuestra vida cotidiana para demostrar su veracidad. Seguro nos ha ocurrido a todos en algún momento el hecho de encontrarnos en una reunión familiar, o de amigos, en la cual parece que el ser humano es un mero personaje residual ante el protagonismo de los móviles. Otra excelente prueba de ello serían todas esas pequeñas empresas locales que sucumben al aplastante dominio de las multinacionales y su agresiva (e ilegal, en gran mayoría de los casos) publicidad en línea. Así, observamos cómo nuestras búsquedas pasadas, consultas frecuentes e incluso, siendo esto lo más preocupante, conversaciones aparecen reflejadas constantemente en esos llamados 'Anuncios recomendados' con el fin de atraernos hacia el consumismo. Pero lo aceptamos, siempre en pos de la comodidad. Nos escuchan, nos vigilan, nos controlan, y lo grave es que lo hacen con nuestra pasiva colaboración. Somos culpables por caer en ese juego, un juego cómodo, sencillo, al cual es muy fácil sucumbir, y que crea una sociedad enferma, en la que el hombre es esclavo de la libertad. Prisionero de lo artificial, de lo ficticio, del mundo de las nuevas tecnologías, de internet, de su propia existencia. Resulta esto especialmente peligroso, pues es un prisionero que se siente libre

Me hace recordar este tema una foto que se ha viralizado últimamente, cómo no, en las redes sociales. Mostraba ésta un águila

Seamos esa águila, libre, pura, natural y luchemos contra todo aquello que nos enferma, debilita y nos hace alejarnos de ese horizonte colectivo que debe tener el hombre.

**MIGUEL RUIZ PECIÑA**